

Prólogo

Skogland estaba de luto.

Sobre el palacio ondeaba la bandera a media asta y cientos de paraguas flanqueaban la avenida principal de la ciudad. Tirado por seis caballos negros, el coche fúnebre que portaba el ataúd, cubierto de innumerables flores con los colores del país, emprendió al paso el camino hacia la colina del cementerio.

Tras el ataúd iba la princesa: sola, muy derecha y sin derramar una lágrima. Mantenía los hombros erguidos y la mirada perdida. No quería mirar hacia la multitud —la gente habría dado cualquier cosa por fijar su mirada en ella y ofrecerle, con un animoso asentimiento de cabeza, una sonrisa de consuelo—, ni tampoco al ataúd, en el que su padre realizaba el último viaje.

Nadie se había permitido protegerla con su paraguas de la lluvia, que desde la mañana caía regularmente de un cielo gris opaco, y el pelo cubría su rostro con mechones cargados de agua oscura.

—¡Pobre niña! —murmuró una mujer de la segunda fila, apretándose a su marido para encontrar cobijo bajo

un inapropiado paraguas de colores—. ¡De qué le sirven tanta corona real, tantas tierras, tanto lujo y tanto todo, y su dinero y su oro y...!

—Los persigue la desgracia —musitó el hombre, y la tapó un poco más con el paraguas, de tal forma que el agua comenzó a salpicarle la nuca—, a toda la familia. A todos los persigue la desgracia.

Algunos pasos por detrás de la princesa iba, tan solo como ella, tan derecho como ella, el único familiar vivo que le quedaba y que a partir de aquel momento asumiría las funciones de regente: Norlin, su tío. Al contrario que a su sobrina, a él sí le acompañaba, dos pasos más allá, un empleado de palacio, ataviado con un abrigo negro y portando un paraguas. En el cabello cuidadosamente peinado de Norlin, cuyos reflejos azul plata chocaban con su cara todavía joven, cada mechón estaba en su sitio; sin embargo, su boca se plegaba en un rictus doloroso, que mostraba a todos los integrantes de la multitud lo mucho que sufría.

—Gracias a Dios, todavía le queda él —murmuró la mujer de nuevo mientras la comitiva, con el ministro en tercer lugar, pasaba frente a ellos—. Por lo menos la pequeña no se ha quedado absolutamente sola...

—¿Tú sabes si se llevan bien esos dos? —susurró el hombre.

Con un movimiento vehemente, la mujer dio muestras de su objeción.

—¡Qué mejor que tener un tutor de su propia familia! —espetó—. ¡No es ningún extraño! ¡Todavía quedan más de cuatro años hasta que sea mayor de edad, la pobre chiquilla!

Un joven, que estaba delante de ellos, se volteó y frunció el ceño.

—¿Y si se callaran un poquito? —preguntó—. ¿Les parece adecuado? ¡Conversen en su casa!

Las cámaras zumbaban, dos helicópteros sobrevolaban la comitiva, ya no se veía a la niña. Y allí seguía la gente, como congelada, en silencio, impresionada.

Sólo cuando desde la colina del cementerio se dispararon las diez salvas que comunicaban al país que el rey descansaba ya junto a su esposa en el mausoleo real, los afligidos asistentes respiraron tranquilos.

—Si nos damos prisa, podremos tomar el autobús de las cuatro —dijo la mujer mientras se disolvía la multitud—. Y me da lo mismo lo que digas, en medio de tanta desgracia es una bendición que la niña tenga a su tío. Si fuera supersticiosa, diría que una maldición pende sobre esta familia.

—¡Ya viene el autobús! —gritó el hombre mientras corría y cerraba el paraguas al mismo tiempo—. ¡Todavía nos da tiempo de tomarlo! —y no respondió al comentario de su mujer hasta que lograron subirse junto con otros asistentes a la ceremonia y encontraron un asiento libre para sentarse. Sólo entonces dijo—: ¡Menos mal que no eres supersticiosa! ¡Una maldición! ¿Es esto un cuento infantil? La mayoría de las veces, querida, las preocupaciones y las desgracias se las buscan las personas solas.

—Malena —dijo Norlin. Había hecho todas las indicaciones necesarias para que la princesa y él regresaran solos a

palacio en la limusina real—. Malena, ¿cómo podría consolarte?

La princesa permaneció con la mirada perdida, como si no lo hubiera oído.

—El día a día te irá ayudando, pequeña Malena —dijo Norlin. Se había apartado un poco de ella, porque su abrigo estaba muy mojado—. Hoy y mañana te quedarás en palacio, para firmar conmigo las tarjetas de agradecimiento por los pésames —se inclinó hacia ella—. ¿Me oyes, Malena? Y luego regresarás al colegio. Con tus amigas, eso te hará bien. Y dentro de dos meses cumples catorce años.

Despacio, muy despacio, Malena levantó la cabeza. Todavía era como si no le pareciera real. Luego, asintió sin decir una palabra.

PRIMERA PARTE

El sol desapareció tras una nube y en la terraza las chicas sintieron el frescor de la tarde. Incluso allí, en el norte de Alemania, ya era pleno verano, y el tenue verdor de finales de primavera iba adquiriendo poco a poco los tonos cálidos de la estación.

Por primera vez ese año habían hecho la tarea en el jardín; en ese momento Tine recogía enérgicamente sus lápices.

—Las tareas de Educación Artística tendrían que estar prohibidas —dijo con un mohín mientras miraba la hoja de bloc, de cuyo borde inferior nacía un árbol tímidamente esbozado y borrado en varios puntos—. Al fin y al cabo, es una materia para pasarla bien.

Jarven suspiró.

—Por eso dejan tareas, porque todo el mundo piensa lo mismo que tú —dijo—. La profesora quiere hacerse la importante. Sólo por eso estamos ahora dándole vueltas al asunto, ¿cuánto apuestas?

—En todo caso, me está dando frío —dijo Tine—. Y eso significa que se acabó el árbol genealógico, por mí que

mañana diga misa. Adentro no pienso ponerme a trabajar otra vez.

Jarven miró pensativa su dibujo, luego lo enrolló y lo sujetó con un elástico.

—Quizá luego le pregunte a mi mamá —comentó—. No he hecho prácticamente nada.

—Por el extranjero, claro —dijo Tine, pero de pronto dio un respingo—. No, no quería decir eso, ¡ya lo sabes! Pero ése es el motivo de que no puedas poner el nombre de tus abuelas y bisabuelas, y de todos los demás. Sólo puedes pintar medio árbol genealógico.

Jarven sacudió la cabeza.

—Y la parte del dibujo que se refiere a mi mamá, ¿la encuentras lograda?, ¿sí? —preguntó ella—. Tampoco tengo nada.

La madre de Tine asomó la cabeza por la puerta de la terraza.

—¿Chicas? —llamó—. Hace demasiado frío para que estén afuera.

Tine apretó los labios.

—¡Ay, nooo! —imploró.

—No repliques —dijo la madre sin inmutarse—. La cena está en la cocina. ¿Vienen a cenar?

Jarven negó con la cabeza.

—Me parece que es mejor que me vaya a casa —dijo insegura—. Mi mamá se preocupa mucho.

Tine se tocó la frente.

—Son las siete, preciosa —dijo—. En la tele están las caricaturas todavía. Tu mamá exagera un montón. Tendrías que educarla un poquito.

La madre de Tine le puso a Jarven la mano en el brazo.

—No, eso no lo hagas —dijo—. Pero mándale un mensaje y dile que te quedas a cenar. Así sabrá dónde estás.

Jarven asintió y sacó el celular. Sabía que su madre se iba a enojar. Las hijas no mandan a sus madres mensajes sin más para decirles dónde están y que se van a retrasar. Las hijas llaman por teléfono para *preguntar* si se pueden quedar un poco más.

“Aún estoy con Tine”, tecleó. Ojalá tuviera el celular encendido. Su madre era siempre tan descuidada. “En casa de los Hellen. Besos. Jarven”.

Luego apagó el teléfono. No tenía ganas de que le llegara un mensaje de su madre diciendo que se fuera a casa inmediatamente.

—¡Ya! —dijo Jarven dejándose caer en la cuarta silla de la cocina. (Bonita educación. Hay que sentarse despacio y con la espalda recta.)

Le gustaba la cocina de Tine. Siempre estaba algo desordenada, siempre había platos sucios o recién lavados en el escurridor junto al fregadero, y en la pared, tras la mesa, un tablón de corcho con muchos papelitos colgados, tantos que siempre se caía alguno al suelo: LA PIZZA VOLADORA. SE SIRVEN PEDIDOS A DOMICILIO SIN DEMORA, O REPARACIONES DE TELEVISIONES, VIDEOS Y DVD, ATENCIÓN INMEJORABLE, y un listado de los teléfonos de urgencia y de las farmacias de guardia del año 1997, con los bordes amarillentos. Jarven estaba segura de que la madre de Tine nunca había quitado ninguno de esos papeles, sólo los iba añadiendo. Su madre se moriría del susto si lo viera.

—¿Acabaron ya la tarea? —preguntó el padre.

También por eso le gustaba la cocina de Tine, la casa de Tine, las comidas allí.

Porque eran una familia de verdad. Padre, madre, hija. Dos hijas, si Jarven se quedaba. Y porque el padre de Tine era como era: siempre amable, un poco despistado, sin levantar jamás la voz. Es cierto que ella no tenía mucho trato con padres, pero estaba convencida de que un buen padre tenía que ser justo así. El de Tine siempre le daba la impresión de que se alegraba de su visita.

—No, ¡hoy es imposible acabar la tarea! —respondió Tine, manoseando una rebanada de embutido; luego la dejó de nuevo en la charola, arrugando la nariz—. Un árbol genealógico.

—¡Buah! —dijo el padre. “Mamá se desmayaría”, pensó Jarven. “¡Un hombre adulto!”—. ¿Y? ¿Les quedó bonito?

Tine se tocó la sien para indicar que aquello era de locos y preguntó:

—¿Cómo? ¿Tú sabes cómo se llamaban los padres de la abuela Bietigheim?

Él asintió serio.

—Romuald, barón de Düttundatt, y Bettine, baronesa de Düttundatt —dijo—. ¿Necesitas las fechas de nacimiento?

Jarven se rio en voz baja.

—A lo mejor luego se me ocurre algo a mí también —dijo la chica—. Mi árbol es muy poca cosa. Mañana la profesora se va a enojar.

—¿Necesitas unos cuantos nombres creíbles? —preguntó el padre de Tine. Su cuchillo descansó sobre el pan.

Jarven hizo un gesto de negación con la cabeza.

—¿Como los de antes? —preguntó. Sí, le irían bien, la verdad. A ella no se le ocurrían, sobre todo los extranjeros, alguno turco a lo mejor. Por su aspecto, éstos le irían bien. Pero igual al padre de Tine los turcos tampoco se le daban bien.

La madre de Tine le alcanzó la cesta del pan.

—No te lo tomes tan en serio —dijo—. Dentro de una semana llegarán las vacaciones. Seguro que ya celebraron las reuniones de evaluación; así que ya da lo mismo lo que hagan ahora. Aunque no debería decirles esto.

En ese instante sonó el timbre.

—¿Y? —dijo el padre de Tine levantándose—. ¿Espera alguien a alguien?

Jarven sabía perfectamente quién estaba al otro lado de la puerta.

—¿Cómo que desaparecida? —gritó Norlin—. ¡Por Dios! ¿El servicio de seguridad no tenía agentes allí? ¡El internado estaba vigilado a todas horas!

—Por lo que parece, alteza —dijo el secretario con los hombros levantados, como si esperara recibir una bofetada, aunque aquello era imposible—, a esa misma hora hicieron... Una maniobra de distracción, por lo visto...

—¿Y? —gritó Norlin. Todavía no habían corrido las cortinas de las ventanas y la luz amarillo rojiza de los faroles de la plaza del palacio iluminaba la oscura estancia—. ¿Qué dice la tutora? ¿Y el director? ¿De qué podría tratarse? ¿Hay visos de que sea un secuestro?

El secretario dio un paso atrás, como si esperara definitivamente ser presa de la ira del virrey.

—¡No nos podemos imaginar otra cosa, alteza! —respondió—. Pero lo más extraño es que... Lo más extraño es...

—¿Sí? —dijo Norlin.

—Por lo menos, eso aseguran los hombres del servicio de seguridad —dijo el secretario—. No había ni un solo coche en la zona horas antes de su desaparición. Y ya sabe que es muy fácil divisar todo el recinto del colegio en kilómetros a la redonda.

—¡Si uno se molesta en hacerlo! —comentó Norlin—. Ni siquiera debería preguntar si se ha avistado algún helicóptero. ¿Furgonetas? ¿Coches de caballos?

—¡Nada, alteza! —respondió el secretario con rapidez, mientras se inclinaba—. Los hombres están plenamente convencidos.

—¡No habrán mirado bien! —murmuró Norlin. Observó al secretario y tamborileó con los dedos sobre la mesa del despacho—. ¿Un paso subterráneo? Pero se rastreó toda la zona antes de que mi cuñado internara a Malena en ese colegio.

—Un paso subterráneo es improbable, alteza —dijo el secretario inclinándose de nuevo—. Por el suelo, que es muy rocoso. El jefe de la investigación...

Norlin lo interrumpió.

—¡Quiero hablar con él! —dijo—. ¡Ahora! Ya.

El secretario corrió inclinado hacia atrás, hasta llegar a la puerta.

—¡Claro, alteza! —dijo—. Voy inmediatamente a...

—¡Y nada de esto a la prensa! —gritó Norlin—. ¿Me oyó? ¿Me oyó? ¡Antes quiero saber más! Dios mío, una

palabra equivocada, algún detalle tonto, todo, ¿me oye? ¡*Todo* puede exponer la vida de mi sobrina! —y de pronto parecía que acababa de comprender la importancia de lo que le habían comunicado.

—Lo transmitiré, alteza —contestó el secretario, y alcanzó el picaporte a su espalda—. Enseguida aviso al jefe de la investigación...

—Y necesito a Bolström —dijo el virrey, dejándose caer agotado en el sillón del despacho—. Mándeme a Bolström. Me da lo mismo dónde esté.

—Bolström, por supuesto —dijo el secretario, y el tono de su voz sonó no sólo solícito sino también algo aliviado—. Lo mandaré buscar.

Y mientras cerraba la puerta tras de sí, pensó en lo cómodo que era que, desde la muerte del rey, Norlin colaborara tan estrechamente con Bolström. Él lograría encontrar a la princesa. Mejor Bolström que la policía.

—Pase un momentito, por favor —dijo la madre de Tine—. Estamos en la cocina.

—Hola, mamá —dijo Jarven sin levantar la mirada. Ella se quedó en la puerta y sonrió.

“Es tan guapa”, pensó Jarven. “Justo lo contrario que yo. Rubia. Alta. Elegante. Le viene bien para su trabajo. Pero yo noto cómo intimida a la gente, aunque se quede parada sin más”.

—Se me ocurrió que podía venir a buscarte —dijo su madre sin dejar de sonreír—. Leí tu mensaje. Ya no es muy temprano. Lo prefiero así.

El padre de Tine tragó. (No tomar trozos demasiado grandes. No hablar con la boca llena. El padre de Tine no acataba las normas).

—¿No quiere sentarse un rato con nosotros? —preguntó limpiándose la boca con el dorso de la mano (lo que faltaba)—. Yo habría acompañado a Jarven después, pero todavía hay mucha luz. Es verano...

La madre de Jarven sonrió y el padre de Tine se mantuvo en silencio.

—Claro —dijo ella—. Muchas gracias. Pero creo que debemos irnos ya.

Jarven fijó la vista en los restos de pan de su plato. No podía dejarlo allí. Metérselos en la boca, tampoco. Pero su madre quería marcharse.

La chica se levantó y tomó el pan con la mano. (Eso tampoco era correcto, claro).

—Muchas gracias por todo —dijo—. Hasta mañana, Tine. Ya veremos qué pasa con Educación Artística —parpadeó para mostrar su disgusto.

—¡Me importa poco! —soltó Tine.

—¡Tine! —gritó su madre. (Esas cosas las notaban hasta los padres de ella).

En el suelo del pasillo había un montón de zapatos desordenados; en medio, una bolsa de plástico de la que salían botellas vacías, y una pelusilla que lo sobrevolaba todo.

Jarven no se había dado cuenta nunca antes.

Ahora sí.

—¡Chao! —gritó desde el jardín.

La madre de Tine saludó con la mano y cerró la puerta.

—¡Mamá! —dijo Jarven soltándose del brazo de su madre—. ¿Por qué consigues que me muera de la vergüenza siempre?

—Tienes catorce años —dijo ella—. No tienes ni idea de lo que les puede pasar a las chicas de tu edad en una gran ciudad.

El sol seguía en el cielo, algo más bajo.

Unos niños jugaban en la acera.

—¡Bolström! —dijo Norlin—. Dios mío, ¿qué podemos hacer ahora?

El mayordomo cerró la puerta silenciosamente. Norlin y Bolström estaban solos.

—¿Qué se llevó? —preguntó Bolström. La estancia estaba en penumbra. Sólo el reflejo de los faroles y la pantalla verde de la lámpara de mesa formaban islas de luz que resaltaban todavía más la oscuridad de alrededor—. ¿Se llevó algo?

—¿Cómo? —preguntó Norlin.

—¿Hizo equipaje? —siguió Bolström—. ¿Se llevó una bolsa? Si se llevó equipaje, mi querido Norlin, entonces a lo mejor no fue secuestrada.

—¿Cómo? —preguntó otra vez Norlin.

—Si no han avistado ningún vehículo... —dijo Bolström—. Piénsalo. Podría haberse marchado por su propia voluntad.

Norlin se puso de pie, fue hacia la ventana y cerró las cortinas. Bolström sacudió la cabeza y encendió la luz.

—Entonces, no hizo equipaje —comprendió—. Y su padre acaba de morir. ¡Norlin! ¿Sabes lo que pasa por la

mente de una chiquilla así? Está desesperada. Un caos absoluto. ¡No aguanta más su vida! Se...

—¿Me estás diciendo que podría haberse quitado la vida? —se asustó Norlin.

—Por lo que sé, hasta ahora no han encontrado el cuerpo —dijo Bolström—. Lo que no significa mucho. Pero tal vez haya desaparecido sin más. Que vague por los alrededores sin meta alguna. ¿No me dijiste que después del entierro parecía totalmente turbada? Se puede pensar cualquier cosa.

—¡Dios mío! —exclamó Norlin.

—Sería mejor que un secuestro —dijo Bolström—. Eso tendrás que aceptármelo. Escucha, Norlin. Ahora lo más importante es que no llegue a oídos de la opinión pública. Por lo menos, no en principio... Eso haría que la situación se nos fuera de las manos. Ahí radicaría el verdadero peligro.

—Dios mío —musitó Norlin—. ¡Y la semana que viene es su cumpleaños!

—Lo sé —dijo Bolström.

—Tenemos que... —susurró Norlin—. ¡Bolström! ¿Cómo podemos...?

Bolström le pasó el brazo por los hombros.

—Comprendo que estés nervioso —dijo—. Tu preocupación es muy comprensible, Norlin. Pero ahora ya estoy aquí.

Norlin irguió la espalda.

—Confío en ti, Bolström —dijo—. Tú sabes lo mucho que el pueblo quiere a la princesa.

—¡Por lo menos tus papás! —exigió Jarven—. ¡Tienes que saber cómo se llamaban tus papás!

Su madre se había quitado los zapatos y los había puesto debajo del armario. Colgó la chamarra en una percha y la colocó donde correspondía.

—Claro que sé cómo se llamaban mis padres —dijo mientras se apartaba un mechón rubio de la frente ante el espejo del pasillo—. Sé cómo se llamaban mis abuelos, y mis bisabuelos —fue al cuarto de estar y se sentó en el sofá frente a la televisión—. Pero no veo la necesidad de que los profesores tengan que espiar en la vida de las familias. Ése es el único motivo del asunto del árbol genealógico. Su obligación es enseñarte, y bien. Tu vida privada no les importa en lo más mínimo.

—¡Por favor, mamá! —gritó Jarven.

Su madre sacudió la cabeza.

—¿Quieres ver las noticias? —preguntó.

Jarven cerró la puerta tras de sí y desapareció en su cuarto. (En la pubertad hay que contar con arranques de ira pasajeros. Durante un lapso de tiempo, la buena educación deja de tener sentido incluso para los adolescentes educados de una manera correcta). Tal vez un profesor de Educación Artística no tuviera derecho realmente a meterse en la vida privada de una madre, pero con respecto a su hija las cosas no funcionaban igual. Todo el mundo quería saber qué tipo de niño había sido, qué aspecto tenía su papá y lo que hacía, quiénes habían sido sus abuelos.

Jarven se dejó caer sobre la cama. Su madre siempre cambiaba rápidamente de tema cuando ella preguntaba por su padre; podía entenderlo en cierta forma, porque él

no tenía nada que ver con su madre. A ella le habría quedado un hombre elegante, que trabajara en un banco, trajes de Armani, camisas hechas a mano; no un extranjero de piel muy morena, del que después llegaría a avergonzarse.

La chica quitó el elástico del dibujo y se sentó frente al escritorio. Sólo una vez le había contado algo su madre: en el último cumpleaños de Jarven. Habían ido a comer a un restaurante, ella había tomado Coca Cola y mamá, vino, y, de pronto, se le había quedado mirando de los pies a la cabeza.

—Has crecido —dijo—. Te has hecho mayor. Cuando yo tenía tu edad...

Jarven había permanecido en silencio, casi sin respirar.

—No mucho después conocí a tu padre —continuó ella. ¿Fueron tres las copas de vino que bebí?—. ¡Estábamos tan enamorados, Jarven! ¡Era un amor tan inmenso, tan sin sentido!

Jarven siguió callada. No quería echar todo a perder.

—Y un día, cuando cumplí dieciocho años, nos escapamos sin más —dijo la mujer—. Fue una noticia sonada, nos fuimos al mar, cerca de Sarby. Estuvimos en la playa, todavía hacía un poco de frío tan a principios de año, pero yo tenía la llave...

—¿Qué llave? —preguntó Jarven, y en ese mismo instante comprendió que había metido la pata.

Su madre se retrajo.

—Ay, da lo mismo —dijo, y empujó la copa hacia el centro de la mesa. Ya no la tocó más—. Bueno, ¡muchas felicidades, Jarven! Se acabó la infancia, y te deseo una hermosa juventud.

Jarven contempló la hoja casi vacía sobre el escritorio. Sería divertido inventarse nombres. Seguro que sí.

Se levantó de nuevo y encendió la luz, aunque apenas estaba empezando a oscurecer. Desde afuera se vio con toda nitidez una pequeña figura, algo regordeta, con los cabellos oscuros, que en una habitación del primer piso sacaba con gestos enérgicos algo de un estante. Cuando volvió a sentarse, el rectángulo iluminado se quedó vacío.

En la acera de enfrente un hombre se ocultó en un portal y esperó.